

Alquiler de emociones



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

Alquiler de emociones



Escrito por Carolina Hughes

Ilustrado por Lorena Ruiz



DE LOS CUATRO VIENTOS

Índice

Alquiler de Emociones	9
Bostezo con Amnesia	17
Al Margen	23
Calmado	27
La Comunidad Verde	31
Boquita de Flor	34
El Hombre Lluvioso	37
Volando	46
Bigote Enamorado	49
Chau	52



ALQUILER DE EMOCIONES

La tienda de Eulasio era, aparentemente, una tienda común de un coleccionista empedernido. En sus cuarenta años de vida, se había dedicado a guardar cosas de todo tipo. En el frente se amontonaban pilas de revistas, frascos de distintos colores, discos viejos, cepillos de dientes, de todo un poco. Sin embargo, Eulasio tenía un secreto bien guardado.

En la trastienda, detrás de una puerta bien reforzada, escondía su colección de emociones. Tristezas, risas, nostalgias, miedos y otras tantas que se alquilaban sólo a clientes especiales. A veces volvían gastadas y había que restaurarlas. Entonces, Eulasio mezclaba un poco de

esto, un poco de lo otro, hasta reparar la emoción deseada.



Así, un hombre podía alquilar algo de tristeza para una despedida. Un ladrón podía buscar un poco de culpa para entregarse a la justicia. Y de vez en cuando un



empleado llevaba un par de risas para una reunión de negocios con su jefe, quien gustaba de hacer chistes malos.

Eulasio era un hombre intelectual, soltero y dedicado a su trabajo. Hasta que un día llegó Abril a la tienda. Era una mujer joven, de pelo largo recogido debajo de un sombrero de paja. Cuando Eulasio la vio, quedó flechado a primera vista. Ella, que era muy tímida, deambuló por el local mirando distintas antigüedades. Luego de dar varias vueltas, se acercó al mostrador y confesó.

—Vengo en busca del amor.

Eulasio quedó sorprendido. El amor era lo único que no preparaba. Nunca había hallado la fórmula exacta para crearlo. Sin embargo, mintió a la joven y le pidió que vuelva en unos días, sólo para volver a verla, tomar algo de coraje e invitarla a comer perdices.

Durante los días siguientes, Eulasio trabajó arduamente mezclando emociones, pero no consiguió dar con

el amor. Cuando la joven volvió con la esperanza de alquilarlo, Eulasio le pidió paciencia.

Mientras tanto, debía seguir preparando sus fórmulas para los clientes habituales. Estaba disperso, olvidaba las recetas, y la imagen de Abril ya no lo dejaba dormir en paz. Estaba muy cansado y confundía los preparados. Le dio a un policía una dosis de nostalgia en vez de un poco de tranquilidad. Eso provocó un tráfico terrible en la avenida principal. En vez de dirigir el tránsito, el policía detenía a cada auto para contarle a los conductores anécdotas de sus años felices en su pueblo natal.

Abril volvió por tercera vez. Desilusionada por no poder alquilar el amor, se cansó de esperar. Eulasio ya no sabía qué hacer. Le juró que la emoción ya estaba preparada, sólo necesitaba dejarla fermentar durante la noche y al siguiente día estaría lista. La joven lo miró algo triste y le dio la última oportunidad.

Esa noche Eulasio trabajó hasta el cansancio. Tomó

tanto café como pudo, hasta que lo descubrió el amanecer de un nuevo día. Los negocios levantaban sus persianas y Eulasio seguía mezclando emociones sin resultado alguno. Cuando de pronto, ya desesperado, mezcló todas las emociones juntas y provocó una explosión que se transformó en un gran incendio.

Los bomberos se acercaron a apagar el fuego y varios curiosos miraban desde la calle. Eulasio salió del local sin heridas graves, pero devastado por el accidente provocado.

Observó el desastre y tuvo ganas de llorar.

El humo que despedía el incendio era de colores fuertes y vibrantes. Poco a poco, los gases emocionales invadieron la calle. Y, de pronto, cuando ya todo parecía perdido, Eulasio descubrió a Abril entre la gente. Desde la esquina, con su sombrero de paja, ella miraba el local que se deshacía en llamas. Triste, al ver que la ilusión de su amor se consumía, buscó a Eulasio entre los humos de colores. Se

encontraron en un cruce de miradas y su expresión cambió. Sonrió feliz y Eulasio también. Caminaron el uno hacia el otro hasta pararse frente a frente. De repente, se abrazaron. Esta vez Abril no le pidió amor, porque sintió que ya lo había conseguido.

Los colores de los gases emocionales los rodearon. Todos los que estaban en la calle comenzaron a sufrir los efectos de la mayor explosión de emociones en la historia.

Un taxista que peleaba con un colectivero bajó de su vehículo. Lo que parecía iba a ser una pelea callejera, se convirtió en palmadas amigables y risas cómplices. Y lo mismo sucedió con el vendedor de flores y una señora paqueteta que caminaba con su perro. Al pichicho le gustaba hacer pis en los arreglos del florista, pero esta vez hubo abrazos en vez de quejas.

Pronto todos comenzaron a abrazarse unos con otros.



La gente de la cuadra siguiente decidió unirse. En pocos minutos, se formó un abrazo gigante que se extendió hasta la avenida principal. Momentos después, el gran abrazo humano cruzó la autopista y siguió contagiando a la gente, que dejaba todo lo que estaba haciendo y se abrazaba sin pensar.

Fue tan grande el efecto de los humos de colores, que el abrazo cruzó de provincia a provincia y traspasó la frontera con Brasil.

En medio de tremendo abrazo internacional, Abril y Eulasio sonrieron felices y decidieron ir a comer perdices.



BOSTEZO CON AMNESIA

Fue muy raro lo que pasó esa noche. Un bostezo apareció en una esquina bajo la luz de un farol. Solo y aireado, no podía recordar de dónde había salido.

Recorrió la cuadra para ver si hallaba a alguien que lo ayudara a volver a su boca. Fue cuando se encontró con un gato negro que se lamía las patas moviendo su cola de lado a lado. Al verlo, el animal bostezó.

Con esta boca ocupada, el bostezo siguió su camino. Subió a los árboles y pasó entre las ramas iluminadas por la luna. Un búho con insomnio lo vio. Al rato, bostezó.



Bordeó la esquina cruzando la calle. Decidió descansar en una cornisa cuando vio venir un hombre por la vereda de enfrente. Llevaba un sobretodo gris y el paso cansado. Feliz, voló a su encuentro.

-Disculpe señor, ¿perdió usted un bostezo?

El hombre lo miró con ojos achinados. Lo estudió de adelante para atrás, y bajo unos espesos bigotes grises dejó salir un enorme y caliente bostezo.

Qué desilusión, aparentemente cada boca ya tenía su propio bostezo. Sin darse por vencido, siguió su búsqueda a medida que pasaban las horas y una leve bruma invadía la ciudad. ¿Cómo podía ser que se encontrara perdido? ¿En qué momento se había distraído? Trató de hacer memoria, pero bien se sabe que los bostezos son olvidadizos. Apenas duran unos segundos y ya están entretenidos contagiando a otras bocas. Fue entonces cuando se le ocurrió que tal vez se había caído de una ventana y por eso andaba por la calle a esas horas de la madrugada. Voló buscando alguna persiana abierta, una claraboya, aunque sea una ventilación. Hasta que encontró la luz prendida en una fábrica.

Era una panadería. Adentro trabajaban bonitas panaderas horneando y preparando medias lunas. Se mezcló

entre los delantales sin éxito, porque las bocas abundaban en café y bizcochitos de grasa.

Ya comenzaban a asomar los primeros rayos del amanecer. El bostezo estaba muy preocupado, pues parecía que estaba destinado a deambular por la vida sin encontrar su origen. ¿Y qué era un bostezo sin boca? Era como un poquito de aire suelto que bien podía confundirse con un eructo. Sin embargo, tenían muy distinta tradición. Además, los bostezos se jactaban de ser una multitud, de gozar de buena reputación. Provocaban cierta relajación y su naturaleza aún era un misterio milenario. Mientras que los eructos eran un tanto más vulgares, ruidosos y fiesteros. Sólo les interesaba aparecer en una buena cena con mucha Coca Cola.

Decidido a interceptar a quien estuviera en su camino, haría bostezar a todo aquel que se le pusiera en frente. Esa mañana la ciudad estuvo invadida de bocas que se abrían hasta dejar ver las campanillas. En los bares, en el



tren, en las paradas de colectivos. Hasta en el puerto, un barco zarpó cargado de bostezos nacionales rumbo a un país desconocido.

El bostezo se dio cuenta de que tal vez no estaba tan mal andar de boca en boca, le permitía conocer gente y recorrer lugares que nunca antes había visitado.

Hacia el mediodía, el bostezo volvió al farol donde había aparecido por primera vez. Fue entonces cuando descubrió que había vuelto a su boca, porque el farol estaba ubicado en una boca calle. Entendió todo y recordó su memoria. Ese era el mejor lugar para estar y él no era ni más ni menos que un bostezo contagioso. Ese que hace que abramos la boca cuando vemos a otro bostezar.

Desde entonces, este bostezo duerme de día en su boca calle. Llegada la noche, sale a buscar otras bocas y recorre la ciudad hasta entrada la mañana. Contagia a quien tenga adelante, sean hombres, perros o gatos. Y nunca pero nunca se olvida de visitar la fábrica de medias lunas, con

la esperanza de hacer bostezar a las bonitas panaderas que toman café, en medio del dulce aroma de las facturas recién hechas.

AL MARGEN

-Me siento al margen de todo -dijo una pequeña flor dibujada al costado de la hoja.

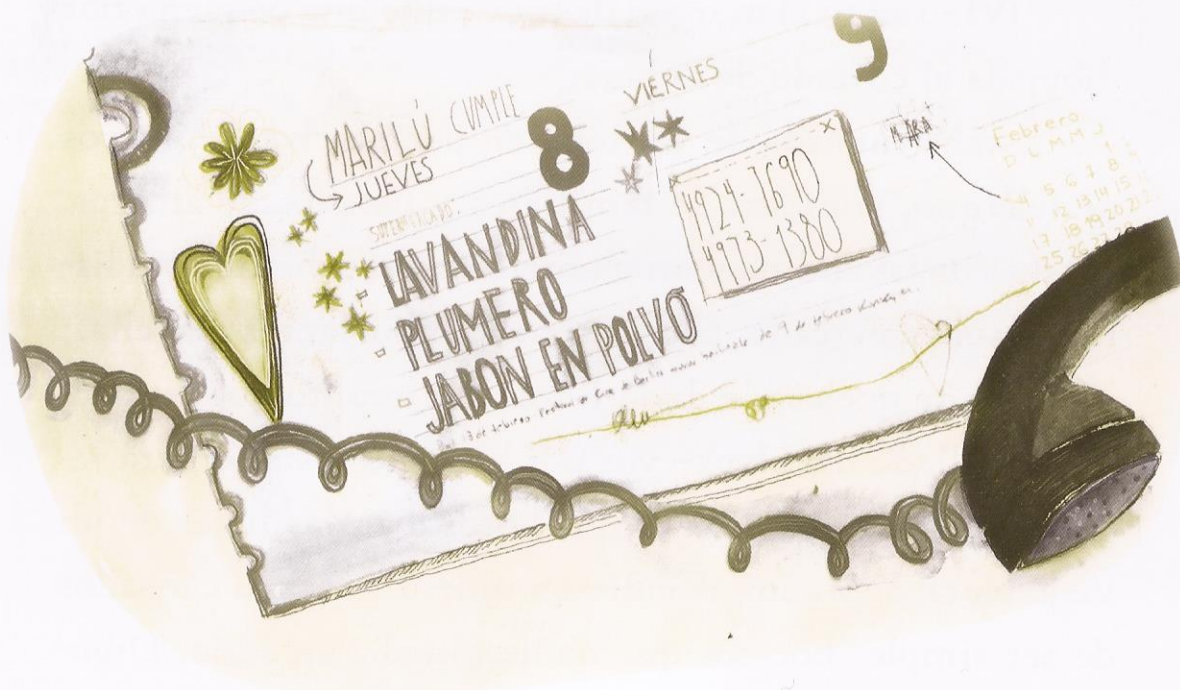
Estaba cansada de ver todo en perspectiva. Números de teléfono, nombres de familiares y listados de amigos. Hasta una lavandina y un plumero que encabezaban la lista del supermercado, parecían más importantes que ella.

-No te quejes -le dijo un medio circulito que bordeaba el anillado del block- vos por lo menos estás entera.

Aquel día, los dibujos que bordeaban las hojas de un viejo block anotador, decidieron unirse. Estaban cansados de ser simples bocetos que nadie tomaba en serio. Dibujados como al pasar, durante conversaciones telefónicas o

aburrimiento creativo, no servían ni siquiera de decoración. Nadie les prestaba atención.

–Qué falta de sensibilidad –se escuchó en la mitad del margen.



Era un corazón algo deformado que tenía sueños de grandeza. Se sentía lo suficientemente lindo como para formar parte de una tarjeta de San Valentín.

Varias estrellitas, esparcidas por acá y por allá, rieron nerviosas. No solían opinar mucho pero eran simpáticas.

—¡Tacho, tacho, tacho todo! —gritó a todo pulmón una rayita finita que seguía el borde final de la hoja.

Furiosa, estaba decidida a dar pelea.

Luego de discutir un largo rato, idearon un plan de escape para abandonar el margen. Había sólo una forma de hacerlo. Deberían adueñarse de la punta de la lapicera. Tenían que ser precisos, rápidos y organizados. Todos coincidieron que el lunes a la mañana sería un buen día.

Amaneció fresco. La rayita gritona bostezó cansada. No habían dormido en toda la noche. Las horas pasaban y la lapicera permanecía horizontal. De pronto, vieron una sombra que se irguió sobre el viejo block anotador. Había llegado la hora.

Los dibujos se alinearon prolijamente en fila esperando el momento justo. La lapicera se posó en el centro del margen, casi sobre el corazón algo deformado. Lo bordeó mientras dibujaba un sombreado dándole profundidad. Cuando, sin saber lo que le esperaba, rozó un borde.

-¡Ahora! -gritó la rayita. Y casi se queda afónica.

Uno a uno se metieron por la pluma de la lapicera. Empujaron y empujaron hasta llegar al cartucho. Una vez adentro, festejaron y se emborracharon con tinta azul. Brindaron tanto que algunos hasta eructaron.

Desde aquel día, esa lapicera sólo dibujó flores pequeñas, medios circulitos, corazones algo deformados, estrellas simpáticas y rayitas finitas.

Todo un misterio para su fabricante.



CALMADO

Hace mucho tiempo, cuando todavía no existía la televisión y las casas se iluminaban a la luz de las velas, había un rincón llamado Calmado. Era un lugar tranquilo, ubicado en la esquina de una sala en una pequeña casa de familia. No solía tener visitas, no más que basuritas acumuladas y humedades que iban y venían.

Calmado no entendía a los otros tres rincones del lugar. A ellos no les importaba estar quietos, olvidados y muchas veces maltratados por su ángulo recto. Ningún mueble quedaba bien en un rincón y los chicos les tenían miedo, porque la luz de las velas dibujaba sombras raras en sus paredes.

Pero este rincón estaba decidido a ser amistoso. Pidió consejo a los vientos arremolinados que acariciaban sus paredes. Y luego charló con las telarañas suaves que lo protegían de las mosquitas. Hasta que, finalmente, sucedió algo inesperado. Durante una noche, mientras la familia de la casa cenaba papas con carne, el más chiquito de la mesa revoleó un pan a la cabeza de su hermano. La madre, muy enojada, decidió mandarlo al rincón para que pensara lo que había hecho.

El tirador de panes se acercó asustado temiendo que las sombras lo chuparan. Pero, para sorpresa de él, encontró un lugar amable, calentito y amistoso. Calmado lo invitó a jugar con sus paredes. Le contó cuentos de puertas secretas y pasadizos misteriosos. Escuchó atentamente sus enojos y tristezas. Luego de un rato, el pequeño volvió a la mesa y terminó su cena tranquilamente.



Así nació la vocación de Calmado. Él sería un rincón
que invitaría a la gente a quedarse. Cada vez que alguien

necesitara resolver algún problema o simplemente olvidarse del mundo por un rato, lo consultaría con Calmado.

Gente de todo el pueblo comenzó a visitarlo. Se convirtió en el rincón más famoso del mundo. Otros igual a él comenzaron a copiarlo.

Con el pasar de los años, los rincones dejaron de ser lugares temerosos, convirtiéndose en los mejores amigos de esos solitarios pensadores, que a veces necesitan un rincón tranquilo para meditar.



LA COMUNIDAD VERDE



Alberto tenía ocho años. Cada noche cuando se iba a dormir, ponía una pierna dentro de las sábanas y dejaba otra afuera. Apagaba la luz, se sacaba un moco y lo tiraba debajo de la cama.

Luna tras luna, año tras año, el ritual continuó y un fenómeno verdoso creció sin que él se enterara. Muchos, muchísimos mocos de distintas formas y colores crearon una comunidad debajo de su cama. No se sabe bien el número que alcanzó tal sociedad. Pero eran suficientes para organizar grupos, jugar al fútbol y al bowling. Los más tranquilos practicaban la alfarería unos con otros. Moldeaban jarrones, copias del David de Miguel Ángel y dinosaurios prehistóricos.

Cada noche, se reunían todos al borde de la cama y esperaban al nuevo integrante. Tímido y algo asustado del mundo exterior, el recién llegado aterrizaba debajo de la cama después de una caída libre de cincuenta centímetros. La bienvenida era calurosa y divertida. Bailaban hasta el amanecer rodando de lado a lado. Era una comunidad armoniosa, alegre y un tanto pegoteada.

Vivieron felices muchos años, hasta que un día, Alberto creció y se llevó sus mocos a una universidad extranjera. La comunidad tuvo que mudarse en busca de otra persona que gustara de tal manía. Para encarar el éxodo, se unieron formando una gran bola verde y abandonaron la casa cuando todos dormían. Una vecina del barrio aseguró que los vio pasar rodando por la esquina.





Se desconoce cuál fue el destino de la comunidad verde. Pero cuentan algunos que cada tanto se instalan debajo de una cama esperando la llegada de nuevos integrantes.

BOQUITA DE FLOR

Boquita era muda. Más por precaución que por otra cosa, había tomado la decisión de no hablar, ya hace mucho tiempo. Es que cada vez que abría la boca, en vez de palabras salían cosas.



Cuando estaba triste, desde su pecho subía un torrente de agua color azul que se escapaba entre sus dientes. En pleno momento de alegría, reía a borbotones de cangrejos.

Sin embargo, lo que más la preocupaba era cuando se enojaba. Le costaba mantener la boca cerrada y contaban sus vecinos que habían visto salir las cosas más extrañas. Plagas de langostas, bolas de fuego y dardos con perfecta puntería.

Sus padres la llevaron a varios médicos y especialistas, pero ninguno pudo curarla. Pasó sus años de colegio dando exámenes escritos, hablando con señas y riendo con la boca cerrada. A veces creía que nadie la entendía, pues sus sentimientos permanecían contendidos.

Cuando terminó el secundario, Boquita decidió estudiar Bellas Artes. Fue una gran elección, y por fin pudo encontrar un lugar donde expresarse. Sus cuadros eran un collage de óleos pintados a mano y emociones escupidas. Ganó muchos premios y viajó por el mundo entero.



Ahora vive en París. Una ciudad que le gusta tanto que cuando sale a la calle, no contiene sus labios y de su boca escapan flores de todo tipo y tamaño. Gracias ella, más de una vez, la torre Eiffel se vistió de colores con los más deliciosos perfumes.

EL HOMBRE LLUVIOSO

En un lugar alejado de la ciudad, existía un pueblo llamado Tlaloc. Si bien su nombre correspondía al dios de la lluvia, irónicamente allí nunca llovía. No conocían el ruido de las gotas golpeando en una canaleta, ni los paraguas, ni los limpiaparabrisas. La gente del lugar era amable y alegre. El sol brillaba todos los días y llamaba la atención el buen humor de todos sus habitantes. De todos, menos uno.

Genaro, a diferencia de sus vecinos, era un hombre muy malhumorado. Andaba siempre quejándose de todo. Era odioso, poco solidario y no tenía amigos. Su único compañero era Ulises, un gato callejero.

Trabajaba en la municipalidad del pueblo en el área de presupuestos, tarea que odiaba hacer. A la hora del almuerzo comía solo, en un restaurante que también odiaba. Por la tarde, dejaba su oficina con un rezongo. A la noche, comía frente al televisor viendo los programas cómicos sin esbozar una sonrisa. Después se iba a dormir, quejándose del cansancio de todo el día.

-Odio dormir -decía y cerraba los ojos deseando que su vida fuera distinta.

El primer día de primavera, el pueblo de Tlaloc amaneció con sol y un cielo azul profundo. A las ocho en punto, sonó el despertador de Genaro. Se sentó en la cama con todos los pelos parados y los ojos achinados de sueño. Miró a Ulises que se estiraba en su almohadón.

-Odio el despertador -dijo sin siquiera lavarse los dientes.

Ya vestido, salió a la calle y caminó hacia la municipalidad por la avenida principal. En una esquina lo atrapó el sol de la mañana. Indignado, miró al cielo.



-Odio el sol.

En ese momento, se escuchó un trueno fuertísimo. Genaro miró hacia el cielo y una sombra lo cubrió. De pronto, se largó a llover. Lo extraño fue que sólo llovía sobre su cabeza mientras que para el resto de la gente el sol aún brillaba. Genaro estaba confundido. Se movió un metro hacia atrás y la lluvia lo persiguió. Se movió un metro hacia adelante y lo mismo.

Varias personas que pasaban caminando por ahí quedaron boquiabiertas. Genaro caminó apurado por la cuadra y luego comenzó a correr pero no pudo escapar de su propia lluvia. Y de pronto, cuando estaba por entrar a su casa nuevamente, dejó de caer agua como si nada.

-Odio la lluvia.

Así fue como consiguió su propia nube gris que lo acompañaba a todos lados. Cada vez que decía "odio tal cosa" comenzaba a llover sobre él. La tormenta duraba unos minutos acompañando su malhumor.



A partir de ese día, la lluvia lo atrapaba en la cama cuando maldecía el despertador, o en el trabajo mientras odiaba la computadora. Intentó con gran esfuerzo dejar de quejarse, pero tarde o temprano volvía a decir “odio tal cosa o tal otra”.

Pronto, todo el pueblo se enteró de la existencia del hombre lluvioso. Los diarios publicaron notas sobre el tema. Los chicos inventaron juegos como la mancha lluvia o el gallito mojado. Y las vecinas comentaron los más increíbles chismes. A Genaro no le resultaba muy divertido. Mas no hay mal que por bien no venga.

Como Tlaloc carecía de lluvia, todos los jardines y canteros se regaban con sistema artificial. Pero ahora que Genaro tenía su propia fuente natural de agua, una vecina decidió incursionar en un nuevo método. Contrató al hombre lluvioso para regar sus plantas. Genaro, aunque odiaba la plata, sintió cierto regocijo en hacer algo útil con la lluvia propia.

Así, bastó que se parase en el medio de unas flores para echar un rezongo.

-Odio este jardín -y comenzó a llover al instante.

El nuevo sistema de riego fue todo un éxito, y pronto varios vecinos quisieron probarlo. También los bomberos pidieron su ayuda para apagar incendios menores. Las llamaradas no eran un riesgo para el hombre lluvioso.

Genaro fue condecorado como miembro ilustre de Tlaloc. Lástima que odiaba las condecoraciones. En pleno acto en su nombre se le largó a llover.

Luego de varios incendios y jardines, Genaro se pescó una gripe terrible. No tenía nadie que lo cuidara. Hasta su gato Ulises lo había abandonado, temeroso del agua que acompañaba a su dueño. Genaro se sintió solo.

Decidió entonces que era momento de tratar el tema profesionalmente. Fue a ver al curandero del pueblo. Este

lo atendió fascinado y le dijo que el dios de la lluvia se había encarnado en él. Genaro odiaba al curandero porque le parecía un mentiroso. Así que pronto se largó a llover dentro de la casa y lo sacaron a patadas del lugar. Después fue a ver un psicólogo, quien indagó en su niñez.

-Sus padres... ¿peleaban los días de lluvia? -preguntó el terapeuta en cuestión.

Genaro odiaba la terapia, por lo que dejó un buen charco de lluvia sobre el diván. Visitó médicos, científicos, hasta especialistas de la NASA. Pero nada. Con todos llovió sin respuesta alguna.

-Si no puedes con ella, únete -pensó Genaro.

Esa semana fue a la tolдерía del pueblo y mandó a hacer un paraguas gigante. Era un pedido especial, ya que no se vendían paraguas en Tlaloc. Desde entonces, decidió llevar su paraguas a todos lados. Aunque odiaba usarlo, se mojaba menos y no pescaba tantos resfríos.

Sin embargo, aún se sentía solo e incomprendido.

Una tarde, mientras volvía de apagar un pequeño incendio en la fábrica de papel, Genaro decidió tomar un descanso en la plaza principal. Sentado en un banco, comenzó a observar a la gente que pasaba allí. Todos parecían tan felices. Las familias, los amigos, hasta los perros con sus colas alegres. Él sólo tenía su nube y su paraguas. Se sintió muy triste.

Sus ojos se pusieron aguosos e inevitablemente una lágrima corrió por su cara. Por primera vez en su vida se puso a llorar.

Fue entonces cuando una nube negra cubrió el cielo de Tlaloc, dejando al pueblo bajo la sombra de una tormenta. Se levantó un viento sur que hizo bailar las hojas de los árboles. Gota a gota comenzó a llover. Esta vez para todo el pueblo. Genaro vio como el agua caía en la calles y como los vecinos corrían desconcertados mientras se mojaban. Se secó las lágrimas y sacó su pa-



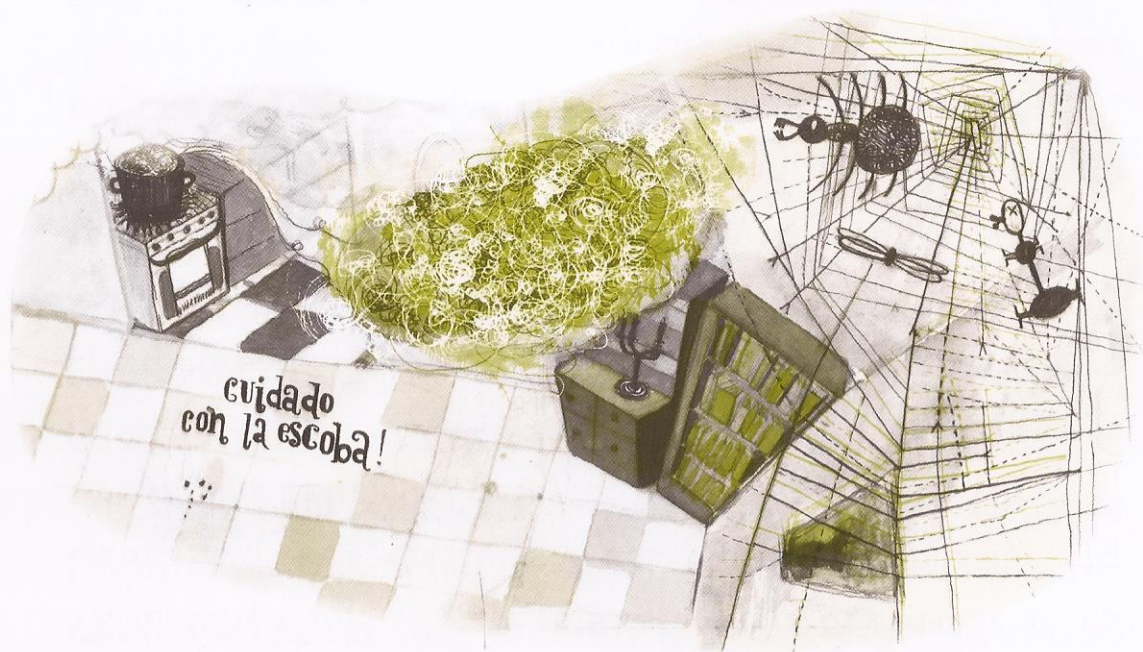
raguas gigante. Comenzó a invitar a la gente para resguardarse de la lluvia. Rodeado de vecinos agradecidos, Genaro sintió una emoción extraña, algo parecido a la felicidad.



VOLANDO

Una pelusa mullida volaba por la casa. Flotaba suavemente sobre el sillón, cuando vio a unas viejas amigas escondidas entre las patas de la mesa ratona. Aprovechó para saludarlas pero ellas estaban demasiado ocupadas conversando con un chicle indiscreto.

Como a quien no le importa la cosa, siguió suspendida en la atmósfera, balanceándose como un péndulo. Viajaba inmersa en una nube de calor mezcla de dióxido de carbono y vapores prófugos de la salsa que se cocinaba a fuego lento.



Desde lo alto del cielo raso, sonrió a unas cuantas miguitas chusmas que cuchicheaban envidiosas en una baldosa. Embriagada por su habilidad de ser etérea, no reparó en el movimiento circular de su transporte, que poco a poco la llevó por el pasillo. Bordeó cuadros, subió y subió

hasta la esquina del techo donde una gran tela de araña amenazó con el fin de sus días.

A poco de quedar atrapada, la pelusa volvió en sí. Con todas sus fuerzas luchó contra corriente. Recordó sus días de sweater, cuando tuvo que separarse del resto para forjar su propio futuro. Ayudada por un chiflete kamikaze que bajó como un milagro por la escalera, fue expedida hacia el toilette.

Una vez a salvo, respiró aliviada inflando sus hebras. El sabio moho la miró desde el lavatorio. La pelusa cansada, se acostó sobre la toalla mullida con olor a suavizante y decidió dormir la siesta.

BIGOTE ENAMORADO

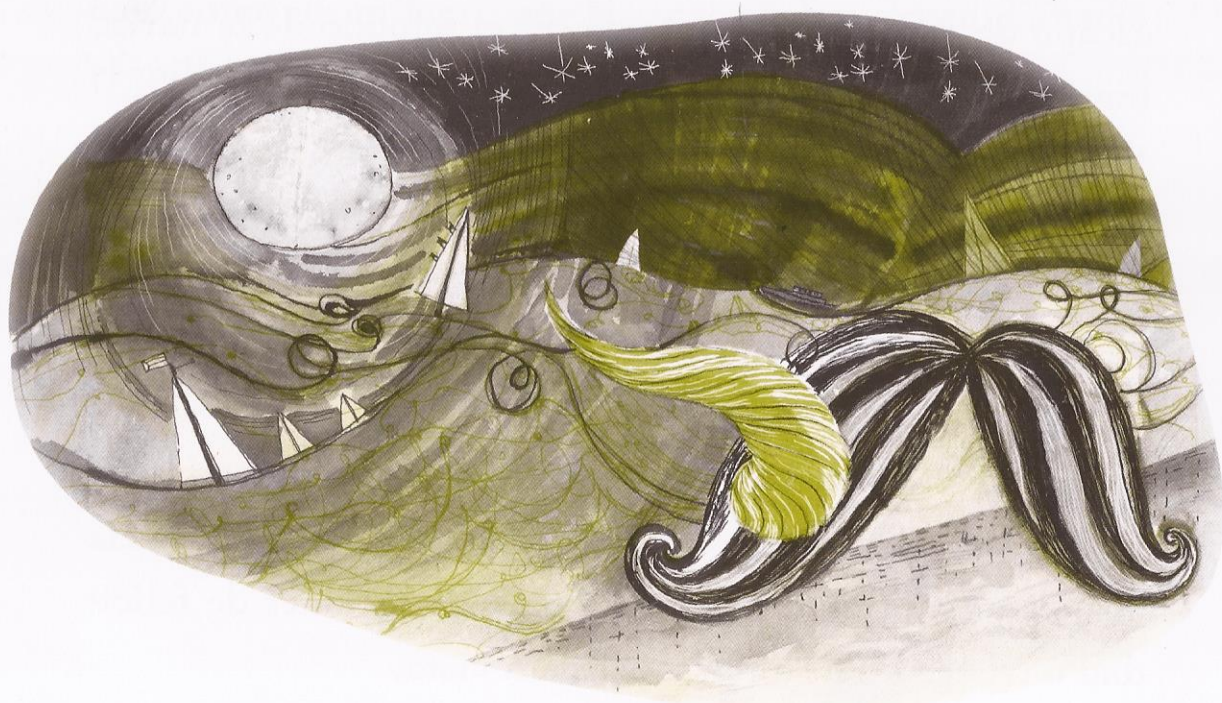


Cuenta la historia, que un día un bigote peludo se escapó de su cara. Cansado de ser el felpudo de la nariz, huyó para buscar su felicidad.

Deambuló por las calles trabajando de barrendero y de flequillo postizo. Aunque se sentía libre, no estaba acostumbrado a estar solo. Durante la noche elegía un rincón de la ciudad, allí se hacía una bolita y dormía bajo la luz de la luna.

Un día se cruzó con una ceja. Ella era finita y elástica. Paseaba dócil y alegre. Se arqueaba hacia arriba y hacia abajo transmitiendo las más lindas sensaciones de felicidad o tristeza. Fue amor a primera vista.

El bigote enamorado la invitó a pasear por parques y plazas. Subieron y bajaron de las calesitas y se deslizaron por toboganes hasta despeinarse. Por la tarde, visitaron la costanera y se sentaron frente al río en silencio hasta que salió la primera estrella.



Pasaron los meses y juntos formaron una pareja feliz. Él se transformó en barba. Ella, muy femenina, aprendió nuevas emociones de asombro y enojo.

Se casaron en una ceremonia sencilla, rodeados de luciérnagas y mariposas de noche. Al poco tiempo tuvieron dos patillas.

Aún visitan todos juntos la costanera y juegan a contar estrellas, mientras el viento los abraza haciéndoles cosquillas en sus pelitos.

CHAU

Esta es la historia de Lorenzo. Un chico tan tímido, tan tímido que tendía a volverse transparente. Cuando no quería estar en un lugar o atravesar una situación, simplemente se desvanecía.



Vivía en un barrio de casas bajas y techos rojos; de tardes tranquilas y ropa colgada en las terrazas. No tenía muchos amigos. Aunque podía ser muy divertido. Siempre tenía buenos chistes, pero el solo hecho de tener que contarlos, le daba vergüenza y se desvanecía.

Una vez lo eligieron para actuar del General San Martín, en un acto del colegio. Gozaba de buena memoria y se aprendía la letra con facilidad. La sala estaba llena y en el escenario se levantaba una cadena de cumbres nevadas formando la cordillera de Los Andes. Lorenzo iba montado en un caballo de cartón. Cuando se dispuso a salir a escena, lo invadió un tremendo ataque de timidez. Deseó tanto no estar ahí, no tener que enfrentar al público, que de pronto se volvió invisible. El telón se abrió. El público vio salir un caballo sin jinete. Los granaderos quedaron desconcertados. Comenzaron a gritar asustados mientras corrían abandonando el campo de batalla. Lorenzo se sintió muy triste. Le gustaba mucho actuar pero creyó que nunca podría hacerlo.

En su familia nadie se hacía transparente, y su capacidad de desaparecer era algo inexplicable para muchos. Sin embargo a veces resultaba divertido. En los cumpleaños familiares, se paraba pegadito al cumpleañosero sin que nadie se diera cuenta. Cuando prendían las velitas, él las apagaba. Al principio cerraban las ventanas pensando que era el viento. Pero cuando volvían a prenderlas, Lorenzo soplabá otra vez. Entonces cambiaban las velas creyendo que estaban falladas.

Una tarde, caminaba de regreso a su casa cuando de pronto se cruzó con un perro callejero. Era chiquito, de color marrón con unos bigotes negros demasiado largos para su corto hocico. Estaba flaco y descuidado. Lorenzo recordó que en su mochila aún le quedaba una galletita del recreo. Fue tal la felicidad por ese bocado dulce, que Lorenzo decidió llevarlo con él.

Su familia lo recibió con alegría y pronto se convirtió en el mimado de la casa. Además descubrieron que tenía

un don especial. Cuando Lorenzo se hacía invisible podía encontrarlo sin problema alguno. Lo bautizaron Hocico, porque evidentemente el pichicho tenía un gran olfato y podía oler a Lorenzo a varios metros de distancia. A las pocas semanas, su pelaje se puso brillante y su cola no dejó de moverse nunca más. Tal era su felicidad, que aún entre sueños su cola seguía agitándose.

Se convirtió en el mejor amigo de Lorenzo. Lo acompañaba al colegio por las mañanas y lo esperaba puntualmente a la hora de salida. Todos en el barrio lo conocían. Lorenzo se sentía seguro a su lado.

Pasó un año desde que Hocico y Lorenzo se encontraron por primera vez. Su cola seguía moviéndose sin parar. Tan chiquito y bigotudo y sin embargo su presencia era enorme.

En el colegio estaban organizando el acto de fin de año. Esta vez le pidieron a Lorenzo que sólo se disfrazara de árbol. Tenía que aprenderse una única palabra: "FIN".

Era un acto con bailes y escenas de risa y llanto. Lorenzo se entristeció pensando cómo le hubiese gustado ser un personaje principal.

Así llegó el día. El público aplaudía a los chicos. El acto era un éxito. Hacia el final llegó el turno de Lorenzo. Estaba tras bambalinas, con varias ramas en la cabeza y un nido improvisado con una panera. Las manos le sudaban. Estaba seguro que cuando se corriera el telón se volvería transparente y todos se asustarían.

—Fin... Fin... —repetía sin parar para no olvidar su discurso final.

Deseó mucho que Hocico estuviera con él y fue en ese momento que sintió que algo húmedo le tocaba la mano.

El telón se abrió y el público descubrió a Lorenzo bien visible, con el nido y todo. Lorenzo avanzó paso a paso. Se paró en el medio del escenario. Miles de ojos lo observaban en silencio. Tomó aire y desde su garganta preparó el discurso.



-Chau -dijo con un hilito de aire entrecortado.

El público permaneció en silencio unos segundos y luego estalló en un aplauso general. Lorenzo sonrió feliz. Nadie se preguntó por qué un árbol usaba mochila. La verdad es que dentro de ella estaba Hocico acompañando a su fiel amigo.

Tal vez fue casualidad o quizás el esfuerzo de Lorenzo por lograr lo que quería. De lo que no había duda, era que Hocico tenía que ver con todo esto. Su compañía era suficiente para sentir la fuerza de un poder sobrenatural.

Esa tarde, de regreso a su casa, las sombras comenzaban a cruzar las veredas dibujando árboles estirados. Hacía mucho frío. Lorenzo convidó una galletita a Hocico, vitamina que parecía alimentar los poderes del pichicho. Se abrigó enrollando su bufanda y pensó que sería bueno comprarle un sweater a su perro. Un sweater rojo, como las capas de los superhéroes.



Gracias a Martín, mi familia, mis amigos, y a todos los que de alguna forma colaboraron con este libro.



“Boquita era muda. Más por precaución que por otra cosa, había tomado la decisión de no hablar, ya hace mucho tiempo. Es que cada vez que abría la boca, en vez de palabras salían cosas...”

Alquiler de Emociones presenta diez cuentos para chicos, con el fin de abrir la puerta a un mundo de sensaciones. Un libro donde los rincones toman vida, un bigote se enamora de una ceja y una chica ríe a carcajadas de cangrejos.

ISBN 978-987-564-848-7



9 789875 648487



DE LOS CUATRO VIENTOS